

Pleamar

FEDERICO ABAD

Pronto hará diez años, y en todo este tiempo no he dejado de preguntarme por qué razón ninguno de nosotros había hecho hasta entonces el menor comentario sobre aquello. Ni tan siquiera mi hermana, siendo como es de aprensiva. En otras circunstancias, ella no habría pasado por alto lo que nos estaba ocurriendo. ¿Por qué esa vez sí lo hizo?

En realidad, nadie podría asegurar que lo sucedido aquella noche fuese el origen de tal hecho, aunque a la vista de los acontecimientos no se concibe otra explicación posible. Recuerdo que en las últimas semanas todos los miembros de la familia nos habíamos vuelto un tanto susceptibles. Nuestros problemas venían a ser los de siempre, pero por algún motivo la más mínima contrariedad parecía afectarnos demasiado. No, no era yo el único que se mostraba fácilmente irritable, nervioso, incluso histérico. Y mamá, actuando —como era común en ella— de intérprete del clima doméstico, manifestaba aquella tensión de forma más contundente aún.

—¡Dios mío! —se compadecía—, esto es para reventar.

Otras veces, aunque más a menudo que de costumbre, lanzaba su típico

—¡Ya estoy harta de esta casa! ¡Cualquier día de estos cojo la puerta y me pierdo!

Papá no decía nada, claro está; seguía enfrascado en sus lecturas, gracias a lo cual se mantenía discretamente apartado de las broncas que montábamos por un quítame allá esas pajas. A media mañana (aún no había agotado las vacaciones) dejaba los libros, se cambiaba el pijama que llevaba puesto para estar en casa por unos pantalones y una camisa, y salía a la calle. Al rato regresaba de la plaza con el pescado. Su debilidad por el pescado fue siempre notable, pero en las últimas semanas se había desatado de tal modo que todos, prácticamente todos los almuerzos incluían algún producto del mar. Después de dejar la cocina llena de humo —con la consiguiente arenga de mamá—, el *pescadito* frito le producía a mi padre una intensa satisfacción, y la avidez con que engullía las rodajas de merluza, las pijotas que mi madre freía formando una rosca con la cola entre la boca, o sus adorados boquerones, le llevaban a pasarse todo el tiempo que permanecía sentado a la mesa sin decir esta boca es mía.

Pero ni la histeria colectiva ni la dieta de pescado fueron —pienso— la causa de lo que un tiempo después comenzaría a sucedernos a los cinco. Si alguna causa existió, hubo de ser necesariamente lo que aquella noche del veinticuatro de agosto tuvimos la ocasión de presenciar.

Como aún hacía bastante calor, en casa se dormía con las persianas subidas hasta arriba; de esta manera conseguíamos aprovechar la menor corriente de aire que pudiera levantarse. Aunque la noche era calurosa, el fresco comenzaba a soplar tímidamente, permitiéndonos al fin conciliar el sueño.

Sobre las cinco de la madrugada me desperté. Tenía mucha sed. Me dirigí a la cocina y llené un vaso con agua del frigorífico. Estaba acabando el segundo vaso cuando sentí un vivo resplan-

dor que entraba por las ventanas, iluminando el interior de la vivienda como si de repente se hubiera hecho de día. Sobrecogido, acobardado incluso —debo señalar en mi defensa que apenas había cumplido los catorce años—, me acerqué sin embargo a la ventana de mi cuarto, por donde la luz que llegaba desde fuera parecía más intensa.

Para entonces, mi hermano ya se había asomado, y con los ojos abiertos como castañas miraba a la luna. También mi hermana hacía lo mismo. Y papá, y mamá. Y es que aquella noche de plenilunio la luna no estaba donde siempre, no. Aquella noche, la luna se había acercado tanto a nosotros que parecía que podíamos tocarla con la mano. No puedo precisar a qué distancia se encontraba, pero sé que estaba muy cerca porque ocupaba casi todo el cielo. Y cómo brillaba. Era tal su claridad que oscurecía la luz de las farolas de la plaza. Y, sin embargo, no era una luz cegadora, pues ni siquiera movíamos los párpados. Tan atónitos estábamos.

Atrapados en aquel fulgor blanco, no llegamos a cruzar palabra. Sólo mi hermano, de cuando en cuando, cerraba la boca, se mojaba los labios con la lengua y decía

—Hostia.

¿Y sabéis qué era lo más extraño? Pues lo más extraño es que nadie en toda la plaza, nadie salvo nosotros, se asomase a las ventanas. Todos seguían durmiendo, perdiéndose aquel maravilloso acontecimiento que estaba sucediendo a la mismas puertas del cielo. Todos excepto los que formábamos esta familia. Y eso era lo incomprensible; porque, si aquel brillo había conseguido despertarnos —o, mejor dicho, despertar a los míos, pues yo ya lo estaba—, ¿cómo no sucedió lo mismo en otros hogares?. Ya digo

que nadie se asomó, absolutamente nadie. Y es más, al día siguiente nadie hizo el menor comentario; ni mis amigos, ni los compañeros de trabajo de mi padre, ni las señoras en la panadería. Ni la radio, ni la televisión, ni el periódico. Asombrosamente —todo en aquel asunto estaba resultando anormal—, nosotros habíamos sido los únicos espectadores de aquella noche mágica.

Y allí estábamos boquiabiertos, mirando a la luna brillar. Pasó no sé cuánto tiempo, pero hubo de ser bastante, tal vez más de una hora, porque ya empezaba a clarear cuando mi hermana dijo

—Parece que se aleja.

Y era verdad. Muy despacio, casi imperceptiblemente, la luna fue subiendo, elevándose como un globo y haciéndose cada vez más y más pequeña. Al amanecer, nuestro satélite había vuelto a su lugar habitual, y allí habría de permanecer. No para siempre, pero casi.

Sin ánimo de sacar conclusiones, puedo decir que los días siguientes transcurrieron de otra forma. En casa se respiraba un clima bien distinto al de las semanas anteriores. Aquella especie de nerviosismo que constantemente flotaba en el ambiente se había evaporado. Las conversaciones recobraron un tono más distendido y los gritos, hasta entonces tan frecuentes, dejaron de oírse. Papá leía ahora menos, salía a pasear con mamá y, para

mayor fortuna, dejó de comprar pescado a diario. Hasta mi madre parecía haber olvidado su empeño en amenazarnos con marcharse de casa. Ciertamente recuerdo aquellos días como un tiempo dichoso, y ello sin un motivo en apariencia justificado.

Tampoco se justificaba el hecho de que, siendo aún verano —con el consiguiente calor reinante— mi sueño era en buena medida más sosegado que antes. Ya no me despertaba muerto de sed a media noche, o empapado de sudor por la mañana, muy temprano, como hasta entonces venía sucediendo. Ahora lograba dormir profundamente desde el mismo instante en que me acostaba, mis sueños eran mucho más plácidos, y ese despertar dominado por el mal humor dejó de ser tal para convertirse en una grata experiencia cotidiana.

Tan agradable se hizo el tránsito a la vigilia que lo que al cabo de un tiempo comenzó a sucederme no me causó la menor preocupación. Si desde un principio comprendí que era un hecho anómalo el encontrarme cada mañana, al abrir los ojos, con aquella extraña secreción que recubría todo mi cuerpo, también es cierto que no me sentí más desgraciado por ello. Del mismo modo que tampoco advertí inquietud en los demás. Y no lo digo por mí, sino por ellos; porque aquella fina película de color rosa que envolvía toda mi piel al volver del sueño también aparecía sobre el cuerpo de mis hermanos, y de papá, y de mamá. Que conste que yo lo sabía porque al levantarme me los encontraba durmiendo apaciblemente en su tenue crisálida; por eso, y no porque ellos me lo dijeran, o porque lo comentasen entre sí, ya que ni entonces ni aún después ninguno de nosotros, como dije al principio, se atrevió a hacer un solo comentario al respecto.

Este tácito silencio ante un fenómeno tan singular sólo puede entenderse en razón a que, de un modo que ahora se me antoja sorprendente, todos y cada uno de nosotros habíamos tomado tal hecho como algo natural. E insisto en lo de *sorprendente*, pues segregar noche tras noche aquel tejido de tacto suave no era una mera anormalidad, sino algo insólito, extraordinario, inconcebible. Pero por aquel entonces, y a pesar de que todos hubimos de entenderlo de igual manera, nadie se alarmó por ello lo más mínimo.

Así, cada mañana, después de remolonear un rato en la cama gozando de esa especial sensación de paz de la que ya os he hablado antes, me dirigía a la ducha, y en un instante el agua fresca corría por mi cuerpo tomando el color rosáceo que le daba la tefilla al disolverse en ella. A veces, al salir del baño me cruzaba con mi hermana, que llevaba los pelos desgredados, o con papá, que aparecía rascándose la espalda con los brazos cruzados sobre el pecho, todo como siempre, pero —eso sí— bien rebozados de aquella seda de acuarela. También ellos se encaminaban directamente a la ducha; en su cara no había el menor gesto de resignación. Iban medio dormidos, eso es todo.

No sabría precisar cuánto tiempo transcurrió hasta la visita de la tía Lola, pero sí recuerdo que esto sucedió durante el otoño, porque al acercarse la Navidad ella regresaba a su casa. Para entonces, su paso por la nuestra había dejado una estela que no ol-

vidaríamos en algún tiempo. Las visitas de tía Lola eran, con bastante frecuencia, memorables.

El motivo de su estancia no tenía que ver en esta ocasión con sus precipitadas e *imprescindibles* compras, no eran los encargos que traía de sus hijas y de su yerno el ocurrente. En esta ocasión, la tía Lola venía —según sus palabras— sólo para vernos.

—¡Tenía ganas de veros, coña! —dijo después de repartir sonoros besos acá y allá.

Cuando la vi llegar, con sus noventa kilos sobre esas piernas inflamadas por una artritis pertinaz, apoyada en su inseparable bastón de empuñadura en forma de pato, hablando estentóreamente con esa voz enronquecida que siempre le conocí, presentí que algo iba a cambiar. Los demás tal vez lo sospecharon, pero yo, el pequeño, con esa infalible intuición heredada de la infancia y que aún se conserva en la adolescencia, sabía que la tía Lola iba a traernos alguna sorpresa. Y no me equivoqué en absoluto.

Como ya era ordinario en ella, a la mañana siguiente nuestra tía fue la primera en despertarse. Al salir del baño me la encontré sentada ante la mesa de la cocina. Mamá le estaba sirviendo el desayuno. Desayuné yo también, pero en todo este rato no le oí a la tía pronunciar palabra. Mamá me miraba como diciendo

—Vaya tela.

Yo le respondí con un gesto similar. Cuando la tía Lola callaba, había que esperar tormenta. Y esta vez la tormenta no habría de tardar demasiado; tan sólo se demoró hasta la hora del almuerzo. Entretanto y durante toda la mañana, la temible anciana se limitó a guardar silencio.

Papá regresó de la oficina hacia las dos y media. Poco después nos sentamos a la mesa y mamá sirvió los platos. Comenzamos a masticar sin atrevernos a hablar de nada. Constantemente mirábamos de reojo a la tía Lola; sabíamos muy bien que no tardaría demasiado en romper aquel silencio sepulcral.

—Bueno —dijo finalmente—, supongo que me tendréis que explicar qué coña está pasando aquí.

A mis hermanos y a mí se nos escapó una risita. Papá nos mandó a callar en el acto. Muy serio, y a pesar de haber interpretado perfectamente la alusión de nuestra huésped, aún se atrevió a preguntar

—¿A qué se refiere usted, tía?

—¿Que a qué me refiero? Vamos, Paco, no me irás a decir que te parece normal levantarse de la cama liado en telarañas, joder.

Al fin sucedía. Por primera vez en todos aquellos meses alguien había sacado el tema a relucir. Independientemente de que la magia del silencio se había desbaratado, la situación no dejaba de resultarme cómica. Mamá y papá trataban de razonar ante aquella vieja que para nosotros eso no suponía ninguna deshonra; que no era mayor problema, pues desaparecía rápidamente con una breve ducha; y que no nos sentíamos angustiados ni mucho menos, si es eso lo que pensaba. Nuestra salud, insistían en demostrarle, no se había visto afectada en modo alguno ante algo que no pasaba de ser una curiosidad.

—Todo lo que tu quieras, sobrina, pero no es normal. Es una guarrada.

Conforme avanzaba la discusión, más divertida se volvía la escena: nuestros padres esforzándose por conservar a toda costa

una intachable dignidad, mientras las mejillas de tía Lola se encendían de indignación. Ni que decir tiene que ninguno osó mencionar la noche de la luna grande, por mucho que la tía Lola insistiera en que no se explicaba cómo pudo suceder aquello.

—Vosotros os reiréis —sentenciaba—, pero esto me suena a cosa del Demonio.

Para nuestra tía, todas las cosas que no entendía —y no eran pocas— tenían un origen diabólico. Era comprensible que en aquella circunstancia intuyese la mano del diablo, pues nosotros mismos, a pesar de la naturalidad con que aceptamos el hecho, en el fondo no habíamos dejado de reconocerlo como excepcional. Por eso, conociendo cuál era el carácter de nuestra tía, cabía esperar que, de un momento a otro, zanjase la disputa con un definitivo

—Pues, digáis lo que digáis, esto lo arreglo yo como sea.

Y en el *como sea* cabía imaginar cualquier cosa. La tía Lola, en este sentido, carecía de límites. Si ella se proponía algo, lo mejor era dejarla que actuase a su antojo, pues ¿quién habría de ser el valiente que se atreviese a contrariarla?

Desde aquel almuerzo, todos aguardábamos su ataque en cualquier instante. Sería con toda seguridad uno de esos golpes maestros, por lo demás carentes de sentido, pero en los cuales mostraba una vitalidad impropia de una anciana de ochenta y tantos años. Y el asalto se produjo aquella tarde en que se bajó sola de un taxi delante de nuestra casa. Previamente nos había llamado por teléfono: quería que la esperásemos para ayudarle a subir unos paquetes. Eran tres cajas de cartón, de mediano tamaño aunque bastante pesadas.

—¿Qué traes en estas cajas, tía? —preguntábamos intrigados.

—Venga, abridlas y lo sabréis.

Abrimos una de ellas. ¿Os imagináis lo que contenía? Pues nada más y nada menos que estampitas de San Pancracio. Miles y miles de estampas de bolsillo con la imagen del santo de los imposibles. Nos quedamos boquiabiertos, claro. No sabíamos qué decir. Pero ella sí lo sabía, y muy bien.

—A que no adivináis lo que vamos a hacer con todas esas estampas —dijo tomando un puñado de ellas.

Nos encogimos de hombros. Mis hermanos se miraron con el mismo gesto embobado.

—Está bien, os lo diré: vamos a empapelar las paredes de esta casa. Todas.

—Pero, tía, ¿qué estás diciendo? —protestó mi hermana.

—Nada. Aquí no hay más que hablar. Mañana traigo la cola, se pegan en las paredes, y punto.

Punto era el término que empleaba tía Lola para expresar su negativa a aceptar cualquier opinión. Su solución pasaba por ahí, y nadie conseguiría desbaratársela. Resultó desolador ver cómo los justificados intentos de mi padre por imponer *su* autoridad en *su* propia casa sucumbieron ante la gigantesca obstinación de aquella vieja más bruja que santa. Al final fuimos nosotros, mis hermanos y yo, los que en los días siguientes tuvimos que pegar hasta la última estampita de San Pancracio, con lo que todas las paredes de nuestro hogar quedaron espantosamente recubiertas por una multitud de imágenes del santo. Los tres trabajábamos como condenados —¿y qué éramos, si no?—, y cuando papá torcía la boca en un gesto de suprema humillación, mamá le decía

—Déjalo, Paco. Qué le vamos a hacer.

En el fondo, yo siempre sospeché que mamá creía en la eficacia de las empresas de su tía carnal. Fuese pasión de sobrina o innato entendimiento, el caso es que gracias a su condescendencia aquella anciana nos dirigía como un general. Fue terminar y acribillarnos a besos, con esa enorme sonrisa que se le extendía a ambos lados de la cara. Hinchida de satisfacción, se paseaba de un lado a otro de la casa comprobando que todas las paredes quedaban cubiertas lo mejor posible por la plaga de papelillos coloreados, mientras musitaba una y otra vez

—Yo le tengo mucha fe a San Pancracio. Ya veréis como él os ayuda.

Como puede suponerse, la tía rezaba diariamente al santo esperando la desaparición de nuestras extrañas secreciones o *tela-rañas*, tal como ella, llevada por una cierta repugnancia, las llamaba. Pero los días pasaron, y nuestro despertar era igualmente feliz, y nuestro cuerpo aparecía igualmente recubierto de aquella película rosácea. Yo sé que la tía ya no sentía asco, que se había ido acostumbrando a vernos amanecer bajo esas sutiles envolturas. Pese a ello, confiaba ciegamente en que dejarían de cuajar cualquier noche de éstas.

Y sucedió. Sucedió precisamente el primer lunes de diciembre. Como otra noche cualquiera, al finalizar los programas de televisión nos fuimos retirando a nuestros dormitorios, la tía Lola en primer lugar. Luego lo hizo mi hermana, y más tarde mi madre. Mi padre y yo estuvimos leyendo un rato. Por último, cuando ya me estaba quedando dormido, llegó mi hermano. Al igual que todas las noches anteriores, pronto nos sumergimos en un sueño profundo.

En él estábamos cuando aquel resplandor que aún no habíamos olvidado volvió a colarse por las rendijas de las persianas. Desvelados, saltamos rápidamente de la cama —incluso la tía Lola—, levantamos las persianas y nos asomamos al exterior. Y allí estaba de nuevo aquel astro serenamente luminoso, con su majestuosa redondez, tan cerca de nosotros —nosotros, una vez más los únicos espectadores en toda la plaza (¿en todo el mundo?) de aquel inefable acontecimiento— que casi podíamos tocarlo. Y su luz, ahora más entrañable, volvía a acariciarnos, a atraparnos en su hechizo. Hasta la tía observaba absorta mientras le preguntaba a mamá

—Laura, ¿eso qué es?

—Es la luna, tía. ¿No ves que es la luna?

—Oye, ¿y no crees tú que está demasiado cerca?

—Sí, pero no pasa nada.

Parecía convencida. Recompuso el rostro risueño y exclamó

—Joder. Qué preciosidad.

También ella se mostraba feliz, inusualmente feliz aquella noche. Y es que la proximidad de la luna, eso lo notábamos todos, nos proporcionaba una especial alegría. Tan fascinante resultaba su visión que, por un momento, nos pasó inadvertido otro hecho que transcurría al mismo tiempo. En mi recuerdo conservo una imagen no demasiado precisa: una especie de helicóptero, aunque sin hélices (tampoco se trataba de un avión, ni tenía la forma redonda de un platillo volante), acababa de posarse sobre el pavimento de la plaza.

Tan pronto nos percatamos de ello, ya habían comenzado a descender de aquel artefacto unos hombrecillos de color verde claro. Se me hace difícil describirlos en detalle, pero no me pa-

saron desapercibidas ni su nariz ni sus orejas, que tenían forma de trompeta. Murmuraban entre sí con una voz extraordinariamente aguda, y sus diálogos se componían de frases breves pronunciadas con asombrosa rapidez. Serían entre ocho y diez, y se encaminaron hasta el pie de nuestra ventana. Uno de ellos se dirigió a nosotros como queriendo comunicarnos algo que no entendíamos al principio, pero por los gestos comprendimos que su interés no era otro que entrar en nuestra casa.

De la forma más natural, pues aunque esto os resulte increíble, a nosotros, en aquel momento, todo lo que íbamos descubriendo nos parecía maravilloso y no nos despertaba temor alguno; pues bien, de la forma más natural, digo, nos hicimos a un lado, y dejamos que los hombrecillos de la nave alcanzasen nuestra ventana con un salto que les hizo salvar los aproximadamente cinco metros de altura que nos separaban del suelo sin mayor esfuerzo. Antes de pasar al interior, cada uno de ellos fue cerrando sus tres dedos en torno a la nariz, gesto que interpretamos como un saludo. Acto seguido, y sin pedirnos opinión alguna, pusieron manos a la obra.

Su tarea era digna de admiración, y es que en cuestión de minutos los enanitos verdes limpiaron la casa de estampitas de San Pancracio. Mientras unos humedecían las paredes por medio de aerosoles que arrojaban un producto espumoso, otros, allá donde ya estaban húmedas, las absorbían con unos aspiradores susurrantes, cuyo depósito llevaban colgado a la espalda; finalmente, dos de ellos portaban sendas bolsas de un extraño material opaco, de apariencia rígida, pero que se dilataba con facilidad según se vaciaban en ellas los depósitos.

Y nosotros, ¿qué queríais que hiciéramos? Bastante teníamos con observar anonadados cómo aquellas singulares criaturas volían a dejar perfectamente limpias de estampas (y de cola también) nuestras paredes, haciéndose con lo que, a la vista de su euforia, les resultaba un precioso botín. Y cuando hubieron recolectado hasta la última —y digo bien—, hasta la última estampa del santo, sellaron sus bolsas, desmontaron sus dispositivos mientras murmuraban cada vez más apresuradamente, se volvieron a apretar la nariz, y de un salto salieron por la ventana.

Aún los vimos, alumbrados por la hermosa luz de la luna grande, decirnos tal vez *adiós* con repetidos golpes de sus finos dedos en la trompeta que tenían por nariz, mientras nosotros respondíamos a su saludo a nuestra manera, agitando las manos, con el rostro bobo de la felicidad. Luego subieron a la nave, que despegó en un instante, y en el siguiente se perdió en el cielo. Tampoco en esta ocasión se habló de nada; sólo mi hermano volvió a cerrar la boca, a mojar los labios con la lengua y a exclamar

—Hostia.

Luego, la tía Lola, que aún tenía los ojos abiertos como castañas, suspiró y pronunció la última frase de la noche.

—Pues bueno.

A la mañana siguiente, nuestro despertar no fue menos grato que el de las mañanas anteriores, pero la entrañable envoltura de telilla rosa ya no volvió, ni volvería más, a cubrir nuestro cuerpo. Soñolientos, escuchábamos en aquella temprana hora el bastón de la tía Lola golpeando el suelo, acercándose unas veces, alejándose otras, y sentíamos a ratos su respiración junto a nuestro rostro; de sobra sabíamos que nos estaba examinando detenidamente con sus gafas de vista cansada para cerciorarse de que la dichosa *telaraña* no había vuelto a aparecer.

Más tarde, aún entre sueños, la sentí alejarse hasta su cuarto. Dos lentos y pesados golpes de rodilla contra el suelo y un murmullo continuado me permitieron comprender que de nuevo se hallaba entregada a sus rezos. De vez en cuando, la oía decir

—Gracias, San Pancraccio bendito. Ya veo que no nos has abandonado.

Luego, un rato más tarde, tuve la ocasión de escuchar cómo se decía para sí misma.

—¡Qué tonta eres, Dolores!

Y la oí sonarse la nariz.